

las posturas ambiguas y totalmente gratuitas al hablar de la historicidad. En la p. 361 se afirma que es histórico, y luego se inclina favorablemente por la tesis de Bultmann (pp. 367-376), así como por la tesis de un fondo gnóstico como factor determinante en el cuarto Evangelio (pp. 366-368). También es cierto que resalta cuestiones importantes y aceptables. Así la interpretación de Jn 1, 3 a favor de la creación "ex nihilo" (p. 388). En la p. 454 habla de la alegría cristiana y afirma que "esta alegría viene a ser la misma alegría de Jesús (15, 11; 17, 13), el hombre que no sintió miedo ni tristeza ante la muerte (17, 27 s.) y el que manda a sus discípulos que se alegren de ella, porque es, en realidad, el retorno glorioso al Padre (14, 28). La alegría cristiana es la incomprensible alegría de saberse portador de Dios en el obrar de amor de cada día. Una alegría imposible de ser robada (16, 22), porque la causa permanece siempre: Jesús ha resucitado, que es una conquista de cada día, porque sólo es cristiano quien está continuamente amando como amó Jesús" (p. 454).

En conjunto es una obra prolija y poco profunda. Intenta ayudar a conocer mejor el contenido del mensaje evangélico, pero las observaciones que hemos indicado desconciertan y motivan una evidente desorientación.

Antonio GARCÍA-MORENO

Reincud WEIJENBORG, *Les Lettres d'Ignace d'Antioche. Etude de Critique Littéraire et de Théologie*. Trad. de Barthélemy HEROUX, J. Brill, Leiden 1969, 474 págs.

La persona y la obra de S. Ignacio de Antioquía siguen despertando la curiosidad y el interés de cuantos se dedican a este inagotable mundo de la Teología. A los trazos peculiares de su personalidad y riqueza de sus consideraciones doctrinales se ha juntado el gusanillo de los investigadores, por lo visto casi inmortal, pariente, unas veces, de una sana preocupación científica, otras... no se sabe bien de qué intereses.

A pesar de todo, la "sana preocupación científica" hay que suponerla, mientras no se pruebe lo contrario.

El interés por este trabajo, que no es teológico a pesar del

título, aumenta a medida que se va progresando en su lectura. Pero no precisamente por el valor de sus conclusiones, sino por la *facilidad* con que el autor va descabezando a todo lo que, de algún modo, pueda ensombrecer su tesis. Su tesis que es muy sencilla, a pesar de todo: los escritos que se vienen atribuyendo (desde finales del siglo pasado con una casi total conformidad por parte de los especialistas) a S. Ignacio de Antioquía, que murió a principios del siglo II, resultan ser posteriores al 360. Esta fecha la repite el autor muchas veces, casi las suficientes para suplir por vía psicológica lo que falta a sus razonamientos científicos.

El *procesus* seguido por el Sr. Weijenborg es teóricamente sencillo, pero se le complica demasiado. Partiendo de la afirmación, admitida, de que la recensión L de los escritos de S. Ignacio es posterior al 360, *prueba* que la recensión M (comúnmente aceptada como original) depende de L; a su vez, C depende de M. La conclusión es evidente: las llamadas cartas de S. Ignacio de Antioquía son posteriores al 360.

El autor divide su trabajo en dos partes, cada una de ellas con dos capítulos. Cierra su obra con una conclusión y cinco índices bien elaborados. La primera parte, que sentencia ya los resultados de su investigación posterior, es más bien corta (pp. 13-42). Trata aquí del "Problema de la autenticidad de las Cartas Ignacianas. Intento de una nueva aproximación". La segunda parte se propone demostrar, utilizando las tres recensiones de la Carta a los Efesios, que la recensión L (o de tipo L, cfr. pp. 34-35) es la fuente de las otras dos recensiones.

Veamos algunas de las contradicciones y sinrazones en las que incurre el autor. Empecemos por la crítica de Weijenborg a los argumentos externos en favor de la autenticidad ignaciana de los escritos en cuestión. Elige los nueve argumentos aceptados por Harnack dejando de lado a los que éste rechaza. El autor se propone probar que ninguno de estos argumentos prueba la existencia de la recensión M antes del 360. Y a su juicio lo consigue..., ¡pero a qué precio!

¿Por qué motivo, en el argumento de Ireneo (pp. 25-26), deja de lado la versión de Eusebio que coincide con M y opta por el texto de la versión latina más tardía? ¡Pero si en realidad no hacía falta tanto esfuerzo! Bastaría recorrer el argumento utilizado en la p. 395: "nosotros suponemos simplemente que esta obra (*Historia Eclesiástica*) es posterior al 360,

primera fecha posible de M". ¿Razones? "De hecho la *Historia Eclesiástica* contiene tantos relatos legendarios que nos permite considerar la hipótesis de que no es la obra de un tal Eusebio de Cesarea muerto el 339, sino el trabajo de un falsario posterior al nacimiento de M, por lo menos posterior al 360. Esta hipótesis es particularmente útil para explicar la génesis de las diversas recensiones de las cartas ignacianas" (pp. 395-396). ¡Así de útil y así de sencilla!

Comentando el texto de *In Lc VI* (GCS 49 (35), pp. 34-35) en el que Orígenes no sólo habla claramente de Ignacio, obispo de Antioquía, sino que cita ¡literalmente! a *Eph* (M) XIX, 1 ("καὶ ἔλαθε τὸν ἄρχοντα τοῦ αἰῶνος τούτου ἢ παρθενία Μαρίας"), escribe Weijenborg: "Orígenes parece citar aquí la carta de Ignacio a los Efesios XX, v. I, donde se encuentran las mismas palabras tanto en L como en M. ¿Sin embargo cita una forma primitiva de L, o M, o aun una otra recensión? No se sabe. Cualquiera que sea, el testimonio parece demasiado breve para probar la existencia de siete cartas de M" (p. 27). Así, con esta *facilidad* y ligereza, se va quitando de en medio, uno tras otro, todos los argumentos que puedan estorbar a su proyecto de tesis.

Veamos otra de sus muchas afirmaciones gratuitas: "Si se desea no obstante salvar la existencia de cartas ignacianas del tipo M anteriores a 360, se podría admitir (?) con nosotros que M en *Eph.* es posterior a L, para añadir que en las otras cartas M precede a L" (p. 395). Efectivamente, esta objeción es muy razonable y salta a vista en seguida. Veamos la solución: "Hemos previsto esta objeción y hemos comparado L y M incluso en las otras cartas. Hemos concluido que L es siempre la fuente de M" (p. 395). Podrá ser... pero como no lo ha demostrado y además, con su trabajo, ha dado pie a dudar de su honestidad científica, esa conclusión no tiene ningún valor.

No hay duda que el autor se complica demasiado las cosas y por eso mismo se encuentra con dificultades insalvables que, obligado por sus planteamientos previos, tiene que salvar. Le faltan serenidad y ecuanimidad para reconocer las limitaciones de sus argumentos y no exagerar como deficiencias la ausencia de pruebas apodícticas en los argumentos comúnmente admitidos. Obra, por consiguiente, de ningún valor científico.

P. G. ALVES DE SOUSA